

PRÓLOGO A LOS LIBROS QUE COMPONEN ESTA PENTALOGÍA

En febrero de 2009, en el seno de un seminario organizado por el Grupo de Estudio de Humanidades e Historia de la Sociedad Española de Neurología, presenté una ponencia titulada: Neuromúsica, psicodanza y sanación. Fue singular por varios motivos: la firmé con el Hermano Marista Agustín Ezpeleta, mi tío; el tema, inédito en una reunión de neurólogos; el contenido y su desarrollo, con material prestado por Agustín; el fondo musical, con autores y obras que luego comentaremos. Resumí la intervención en tres palabras: alienar para alinear, síntesis de los principales aspectos de cómo Agustín ha entendido y aplicado la musicoterapia de forma metódica durante cuatro décadas en alumnos de 10 a 16 años.

Siendo niño y luego adolescente, durante las vacaciones familiares visitamos varias veces al tío Agustín, primero en Castilleja de la Cuesta y luego en Sanlúcar la Mayor. Siempre me llevaba a la sala de musicoterapia donde me explicaba cada componente del equipo de alta fidelidad, los efectos de luces y su cuidadísima colección de música. Luego, cuando él venía a Pamplona y Gallipienzo de vacaciones, esperaba con ansiedad que abriese la maleta y me regalase las cintas de casete donde grababa aquella música que sabía me gustaba. Visto ahora en perspectiva y yo sin saberlo entonces, me hacía partícipe de sus grupos de chavales con quienes practicaba algo totalmente revolucionario y sin antecedentes conocidos: la musicoterapia preventiva.

Gracias a Agustín conocí precozmente a Mike Hankinson: *The unusual classical synthesizer*; Mike Oldfield: *Tubulars Bells, Hergest Ridge, Ommadawn*; Jean Michel Jarre: *Oxygen, Équinoxe, Magnetic Fields*; Joël Farjerman: *La Aventura de las Plantas*; Space: *Deliverance*; Kraftwerk: *The Man Machine, Trans-Europe Express*; Isao Tomita: *Pictures at an exhibition, Snowflakes Are Dancing, Firebird Suite*; Tangerine Dream: *Force majeure*; Klaus Schulze: *Moondawn*; Kitaro: *Silk Road*; Walter Carlos: *Switched-on Bach, La naranja mecánica*; y un largo etcétera de autores y obras clave en la historia de la música popular. Muchos de estos solistas y grupos fueron los pioneros de la música electrónica contemporánea, y otros, gracias a sus versiones sintetizadas de la música de Bach, Sweelinck, Scarlatti, Clementi, Mozart, Beethoven, Mussorgsky, Debussy o Purcell, sirvieron de vehículo para que la música clásica llegase al gran público.

La música es compañía y consuelo, terapia en sí misma. Más difícil es definir qué es la musicoterapia. Desde el ámbito académico parece desestimarse lo que no sea aplicar los métodos de Orff, Dalcroze, Kodály o Willens, mientras que, para otros, un neurólogo tocando la guitarra sería una forma de ponerla en práctica. Siendo la música una de las experiencias humanas más subjetivas e inefables, cualquier propuesta de definición canónica para su aplicación terapéutica siempre obtendrá una respuesta aproximada, incompleta. Si se combinan todos los tipos de música y sus elementos tonales, melódicos, armónicos, rítmicos, etc. con todos los estados del ser sano y enfermo, las posibilidades son infinitas. Lo que de verdad importa es la cualificación del terapeuta, qué objetivos terapéuticos se persiguen y los resultados obtenidos, aspectos todos ellos cuidadosamente observados por Agustín desde que se embarcó en esta aventura pionera.

En neurología, la aplicación de medidas no farmacológicas en la rehabilitación cognitiva, conductual, afectiva y motora de enfermos con ictus, demencias, esclerosis múltiple y otros tantos padecimientos del sistema nervioso siempre se ha mirado de soslayo y con cierto grado de sospecha, condescendencia y desdén. La musicoterapia no ha sido ajena a este problema. Pero aquellos con querencia por lo que desprecian los demás han conseguido demostrar que la música, el canto y la danza, debidamente aplicados dentro de un protocolo con objetivos terapéuticos predefinidos y herramientas para medirlos, obtienen resultados clínicamente significativos. La bibliografía científica internacional de calidad empieza a ser pródiga en trabajos que demuestran que la música puede reducir el consumo de psicofármacos en personas dementes con síntomas psicológicos y conductuales; o mejorar la altura, la distancia, el ritmo y la velocidad del paso en la enfermedad de Parkinson; o el equilibrio en la esclerosis múltiple; e incluso se ha comunicado que tiene un efecto antiepiléptico.

Los efectos de la música (de las diferentes modalidades de intervenciones basadas en música) en los pacientes neurológicos no son complejos de estudiar. Se trata de enfermedades bien definidas que, aun siendo pleomorfas en sus manifestaciones, no es complicado objetivar con escalas de valoración clínica y otros instrumentos de medida. Lo que ha hecho Agustín es de otra índole. Las emociones, los afectos, la identidad, la sensación de pertenencia o enajenación grupal, la armonía personal, el tono vital, la compasión, la empatía y otras variables y constructos suelen resistirse a ser ponderados, máxime cuando se trabajan de forma coral. En este sentido, vale más el viaje que el mapa, el después que el antes, el relato que la estadística. Y, a la postre, son parte de la experiencia humana que se integra y modula en el cerebro, una suerte de neurociencia de la sutilidad.

Hay que estar dotado de una gran sagacidad para intuir el potencial pedagógico preventivo y protector de la musicoterapia cuando nada de ello había, cuando era *terra incognita*, y ser especialmente audaz para llevarlo a la práctica en el seno de una congregación religiosa, con alumnos de tan diversa extracción social y ayudarse para ello de esa música y no otra. Creo que esto último fue clave, autoridad del profesor, dominio del método y atributos chamánicos del Hermano Ezpeleta (*el brujo*, le decían) aparte. Mucho de lo innovador y disruptivo de la creación de Agustín se debe a la exquisita selección de esa música electrónica que fue y es vanguardia. Esa música y no otra.

El goce estético de la música se debe fundamentalmente a la expectativa. Si hubiera que resumir en pocas palabras cuál es la principal función del cerebro humano bastaría con cuatro: una máquina de predecir, y en esto, la experiencia musical es paradigmática. La escucha activa de la música puede ser grata y provocar emociones y conductas tanto si se espera como si no. Se disfruta de lo que se conoce, de lo que se espera. Todos tenemos nuestros discos favoritos que escuchamos a la menor ocasión. Pero también nos es grato lo nuevo y lo inesperado, desde primeras audiciones hasta el jazz improvisado. Imagínese por un momento el shock que supuso a aquellos chavales escuchar sin preaviso *Floating* de Klaus Schulze o *The Robots* de Kraftwerk. Cuando no existía Internet y el acceso a la música era limitado, esperar lo inesperado era emoción contenida y esperanza de una nueva aventura musical.

Pasaron los años y llegaron los cambios. Oldfield, Jarre y Kraftwerk se adaptaron, reciclaron, remasterizaron y sincronizaron con los actuales ritmos *trance*, *house* y sus variantes, dejando atrás su capacidad de sorprender, esa pretérita creatividad que aún conmueve. Poco queda de la liturgia de comprar un disco o un CD un sábado por la mañana: ahora se escuchan en plataformas de *streaming* o se bajan y en el mejor de los casos se archivan. ¿Quién lee ahora las portadas y los libretos con la intimidad, voracidad y delectación de entonces? Las tecnologías de la comunicación y la información han cambiado nuestras costumbres y la prisa, la impaciencia, la impulsividad y la inatención están ganando la partida. La intoxicación de información y de música comercial multicanal y a demanda han echado a perder nuestra capacidad de sorpresa. Los continuos cambios del currículo docente en infantil, primaria, ESO y bachillerato, con la música, la filosofía y ahora la historia siempre en la cuerda floja, la eliminación de las calificaciones numéricas y todo rastro de la cultura del esfuerzo han supuesto la puntilla. El juego entre lo esperado y lo inesperado como fundamento del placer estético y vital que supone la música está desapareciendo.

Agustín comenta en uno de los libros de su obra que “el objetivo global de la musicoterapia es que el adolescente busque y consiga el equilibrio y la armonía, se libere de los espejismos utópicos y engañosos de las ideas impuestas e infligidas desde fuera y sea él mismo el autor, no la víctima de su destino”, adelantándose en medio siglo al panorama expuesto en el párrafo anterior. Se lamenta por los progresivos cambios que ha observado durante sus décadas de ejercicio en los niños y adolescentes que han pasado por sus sesiones: depauperación intelectual y cultural, pérdida del juicio crítico, sumisión a la opinión dominante, desatención de los valores tradicionales, laicismo, menoscabo cultural y aversión a cualquier música que no sea la matraca de las discotecas

Este panorama decadente lleva implícita una reflexión obvia: ahora más que nunca es necesario continuar con el legado de Agustín. Habrá que adaptarse a los nuevos tiempos, redefinir la estrategia de las sesiones, corresponsabilizar de algún modo a los alumnos, incluir técnicas basadas en el canto y el teatro musical, así como seleccionar nuevas músicas que consigan los estados hipnagógicos y las catarsis danzantes de otrora. En relación con esto último, la música puede con todo, pero prima pensar fuera de la caja para sorprender a las nuevas generaciones. Existe música electrónica de baile de altísima calidad que siempre será nueva para ellos y un sinfín de música sincrética que aúna música clásica, electrónica, heavy e incluso flamenco en quiméricas y fabulosas combinaciones. Y el resto. Que se preparen.

Demos fin a este prólogo con la coda de aquella ponencia de febrero de 2009 que firmé al alimón con Agustín: la musicoterapia y sus técnicas asociadas pueden conseguir en manos de un experto con vocación de ayudar al prójimo el transporte por los montes, valles y playas de uno mismo, por todos aquellos estados del autoconocimiento, la contrición y la voluntad de cambio que nos allanan el camino para ser mejores personas.

Una vida entera, gracias por todo.

David Ezpeleta.

Médico neurólogo.

Gallipienzo, 3 de abril de 2022.